

Taoístas:

Los hombres que olvidaron las palabras



Pedro Martín González

Kenshinkan dôjô 2020

Dicen los biógrafos de Li Po que en su juventud fue un excelente espadachín y que supo combinar magistralmente el arte de la espada con el ejercicio de la poesía, habilidad por la que es reconocido como uno de los poetas más prestigiosos que ha dado China.

Aunque frecuentó las altas esferas sociales, tuvo trato con el emperador y fue nombrado académico, Li Po cayó en desgracia al enfrentarse con algunos funcionarios del gobierno quienes, a su juicio, no eran sino corruptos al servicio de sus propias causas.

Más tarde, al tomar partido en una revuelta contra el propio emperador, fue desterrado lejos de su tierra natal hacia la actual provincia de Guizhou. Su vida bohemia y errante le condujo a las montañas, tomando refugio en el Taoísmo. Gran parte de su obra poética procede de aquellos años en los que, ávido de una libertad y una autenticidad que no encontraba en la Corte o en la ciudad, el poeta exaltaba la vida de los ermitaños al tiempo que acometía contra el poder, la ambición o la tiranía de los gobernantes.

Mientras leía sus poemas recordé a Jerome David Salinger, que vivió una experiencia tremenda en la Segunda Guerra Mundial sirviendo como soldado en las filas del ejército norteamericano. El desarrollo de su acción de combate cambió su existencia, perturbó su equilibrio psicológico y transformó sus ambiciones literarias. Al regresar a los Estados Unidos, Salinger, que aún mantenía afanes de reconocimiento, consiguió que la prestigiosa revista *The New Yorker* publicara sus cuentos. Más tarde se editaría su obra más reconocida: *El guardián entre el centeno*.

Alcanzada la fama, disfrutando de una holgada posición social, Salinger se retiró de la vida pública alejando de su lista de prioridades la sola idea de publicar un nuevo libro, aunque su primera y única novela vendiera millones de ejemplares, fuera traducida a más de treinta lenguas y todo presagiara que cualquier otra entrega sería un nuevo éxito de ventas. Él, no obstante, continuaría escribiendo, pero solo por el placer de hacerlo. Nunca más volvió a publicar, pese a las cuantiosas y sustanciosas ofertas que recibió.

Otros de los grandes nombres de la literatura asociados a la renuncia del mundo fue el de Henry David Thoreau, el poeta que marchó a vivir a los bosques para encontrarse, primeramente, con el pulso de la vida, experimentando en sus propias carnes aquello que consideraba esencial y que a su juicio estaba alejado de lo que el mundo le proponía. De aquella experiencia surgiría años más tarde su espíritu de desobediencia civil: una postura frente al sistema que tuvo seguidores en figuras como Gandhi o Tolstoi. En *Walden: la vida en los bosques*, Thoreau describe su vida, en contacto con la naturaleza durante dos años, dos meses y dos días.

Hay voces contrarias a estos impulsos, desde luego, algunas, como la del sabio Slavoj Zizej, un filósofo que defiende ideas antagónicas a las anteriores. Leí a Slavoj Zizej en *Pedir lo imposible*, uno de sus últimos y más celebrados trabajos. En su libro, el autor rechaza cualquier idea de regreso a la naturaleza pues la considera enemiga del ser humano, definiéndola como una adversaria que, antes que

pretender enseñarnos, está empeñada en destruirnos. Zizek defiende la idea de la ciudad como lugar donde explorar la creatividad, apostando por un futuro de grandes metrópolis dotadas de amplios espacios naturales, tan bien adaptados que sus habitantes no sientan necesidad de salir de ellas para encontrar un medio ambiente capaz de inspirarlos. Quizá triunfen las tesis de este autor y el hombre se desmarque de la naturaleza para regresar a ella ocasionalmente, aunque siempre, como sucede en estos momentos, se lleve una parte de ella consigo y le dé forma en esos espacios que conforman jardines, viveros y parques, lugares que no hacen sino recordarnos nuestra procedencia.

En mi opinión cada uno de nosotros encontramos inspiración en distintos contextos, leyendo diferentes textos, junto a tipos dispares de persona, estilos musicales, paisajes, etcétera. No obstante, la mayoría añoramos la naturaleza, escribimos acerca de ella, la tenemos como inspiradora, soporte y lugar al que regresar.

Una de las primeras ediciones del *Tao Te Ching* que llegó a mis manos lo hizo en un formato más que sencillo, pero aquel pequeño volumen, que compré hace más de cuarenta años, causó un gran impacto no solo en mí, también en muchos otros jóvenes practicantes de *Budô* con quienes, en aquel tiempo, compartía ilusiones, esfuerzo y emoción por las artes marciales tradicionales.

El autor del *Tao Te Ching*, Lao Tse -para algunos un mito más de la historia, para otros un filósofo que sirvió de contrapeso al pensamiento organicista de Confucio, de quien sería contemporáneo y adversario ideológico- se convertiría en el estandarte del Taoísmo encarnando en su persona las virtudes y maneras de pensar y vivir la existencia, entre otras: alejamiento del mundo, empatía con el medio, sintonía con el devenir de la vida, control y gestión de la energía vital, aprecio de lo sencillo, valoración del detalle, discreción, etcétera. Con esta manera de pensar, el sabio se erigía en abanderado de un individualismo humanizado que hacía frente a un pensamiento más social y político encarnado en el confucionismo.

Durante muchos años he leído y escuchado hablar de la vinculación que tiene el Taoísmo con el *Bujutsu* japonés, una relación que, más allá de las formas, ha de buscarse en los profundos conceptos que ambos comparten.

Algunos de los principios en los que confluyen son los siguientes:

- La empatía
- El vacío
- La nada
- Lo sencillo
- La disposición
- Aquí-Ahora

Uno de las ideas más compartidas por taoístas y *budokas* es que el ejercicio de su arte constituye una posibilidad de crecimiento espiritual, una oportunidad para descubrir la enorme dimensión del ser humano. En efecto, el arte elegido ha de ser un vehículo capaz de hacer consciente lo invisible y tangible aquello que pasa inadvertido.

El taoísta es un hombre individualista que busca en la naturaleza la inspiración que no encuentra en la ciudad, es amigo de ermitaños y renunciantes, de campesinos y nómadas y se aleja del ruido del mundo para hacerse uno con el medio. El taoísta busca descubrir, en ese contacto, el latido de la naturaleza para sumarse a él y, desde él, crear su obra de arte. Para el taoísta la naturaleza representa la sintonía, la empatía, la comunicación, la unificación, el ritmo compartido, la conexión espiritual.

Como minimalista que es, el taoísta utiliza el vacío y lo muestra como una parte de su trabajo artístico. El vacío es un espacio activo, útil y necesario para realizar su tarea. En algunas formas de arte japonés, como el Ikebana, el tronco de las flores ocupa un lado de la bandeja, dejando el otro vacío, ofreciéndole una posibilidad de ser dentro de la composición. También en el arte del bonsái aparece este vacío y los pequeños troncos del árbol enano dejan que el observador imagine hacia dónde se dirigen las ramas que van a surgir en ese espacio.

El vacío es un concepto muy manejado en el arte del *Budô*, siendo la única forma y manera que posibilita el aprendizaje y, en el terreno de la técnica, el lugar disponible para conseguir una ventaja o proyectar a un adversario. Al igual que los *budokas* utilizamos la ceremonia o el ritual como forma de reunir cuerpo, mente y espíritu antes de acometer nuestro trabajo, los pintores taoístas se disponían a pintar solo si su estado de ánimo era el adecuado, preparando con esmero su material, buscando la estancia perfecta y haciéndolo a la hora apropiada. Por su parte, el espadachín japonés pide permiso a su maestro, presenta su sable al *kamidana*, respira paciente y detiene su impulso. Solo después de un prolongado ritual que lo unifica consigo mismo y con su entorno, su espada abandonará la saya que la protege.

Aunque exquisitos con las formas, los taoístas buscaban el fondo de su arte y, más allá, el fondo del gran arte de vivir. Si las palabras son el conducto a través del cual se explican las ideas, aquellas deberían desaparecer al surgir estas otras. Por esta razón el sabio Chuang Tzu se preguntó:

¿Dónde puedo encontrar a un hombre que haya olvidado las palabras?

Con ese hombre me gustaría hablar.

Para alcanzar tal nivel de empatía el artista ha de vivir en el instante presente, ese estado de mente que los *budokas* llaman *Ichi go Ichi e*, por eso el gran Lao Tse cuando hablaba de los hombres de antaño decía de ellos que dormían sin sueños y despertaban sin preocupaciones, una metáfora que pretendía explicar algo tan sencillo como tremendamente difícil de llevar a efecto, sobre todo en los tiempos

convulsos y rápidos que todos vivimos, y es que el hombre que vive instalado en el Aquí-Ahora no atesora recuerdos.

Al igual que los maestros taoístas huyeron a las montañas de Tai, Hua, Heng o Song para experimentar en la naturaleza, encontrar matices en sus colores, sumarse al pulso de las estaciones y descubrir su soledad sonora, algunos grandes hombres de *Budô* siguieron un camino semejante, una vía que les conduciría al descubrimiento de esa empatía, ese vínculo, ese lazo capaz de reunir voluntad, intención y emoción. Algunos de aquellos viejos budokas fueron: Choisai Ienao, Miyamoto Musashi, Yagyu Munetoshi, Nakatsukasa Hisamori; y, más cercanos en el tiempo: Morihei Ueshiba en Iwama, Gogen Yamaguchi en el monte Kiso o Masutatsu Oyama en el Minebu.

Con el afán de encontrarse con esa autenticidad, un pintor taoísta abandonó definitivamente su ciudad natal y, adentrándose en los bosques de Wudang, se dispuso a pintar la que sería su obra definitiva. Cuando la hubo finalizado la mostró a sus invitados, que no daban crédito al nivel alcanzado por el artista. En un momento determinado, cuando todos admiraban su talento, el maestro abrió una puerta en el lienzo, entró a través de su propia obra y desapareció para siempre ante los ojos atónitos de sus admiradores.

La metáfora se convirtió en realidad y el artista se hizo uno con su obra.

Kenshinkan dôjô 2020